

## TEXTOS PRIMERA SESIÓN

### CURSO SOBRE FPDP Y MEDITACIÓN DE LA VIDA

#### I. VER VIDEO

#### II. TEXTO A - PRIMERA SESIÓN

Texto tomado del *Brazilien Terziat*, 1956

Se encuentra en el libro "Dios Presente" de Edit. Patris, texto n. 209.

#### Instalar una escalera

El tipo de hombre contemplativo, se le denomina también aquel tipo de hombre que es portador la espiritualidad carmelitana, acentúa, en la imagen de Dios, su trascendencia. Respecto a la imagen del mundo, acentúa, especialmente en éste, el rechazo a Dios como consecuencia de estar herido por el pecado original. En cuanto a su lucha personal, tiene, sobre todo ante sí, la imagen del hombre que huye del mundo.

**El tipo de hombre apostólico pone justamente lo contrario, en primer plano. No se trata de que, con ello, no conozca ni reconozca la trascendencia de Dios o el rechazo de Dios, propio de la criatura que sufre las consecuencias del pecado original. Supone ambas verdades, cuenta con ellas y actúa en su vida, conforme a ellas. Está muy lejos de entregarse frenéticamente al mundo. Al contrario, se precave cuidadosamente de caer en ello. Sin embargo, todo esto no le impide destacar, primero, la inmanencia de Dios; segundo, el hecho de que el mundo es pertenencia de Dios y depende de él; y, tercero, el hombre que mira el mundo con ojos esclarecidos y que se muestra vencedor del mismo. Y, en su vida práctica, con todos los medios, lucha por ello en la vida práctica, con gran consecuencia y con todos los medios a su alcance. (...)**

El hombre apostólico, cuyo ámbito de vida está constantemente poblado de innumerables personas y cosas, depende, naturalmente, de ese mismo ámbito como el lugar privilegiado para el encuentro con Dios. Por tanto, el hombre apostólico no puede ni debe ignorar a los hombres y a las cosas, teniendo solamente ante sus ojos al Dios trascendente. Por el contrario, él tiene ansias, para utilizar una expresión de san Ignacio de Loyola, de ver, buscar, encontrar y amar a Dios en todas partes, es decir, en todas las cosas y en todos los hombres.

Desde el comienzo solemos decir, en lugar de esta expresión, que el hombre apostólico gira con todas las fibras de su corazón y con los claros y radiantes ojos de su fe, principalmente, en torno al Dios de la vida. Es decir, en torno a Dios tal como nos sale al encuentro en sus conducciones y disposiciones en la vida cotidiana; en torno al Dios de nuestros altares, en torno al Dios de nuestro corazón y en torno al Dios de nuestros libros de espiritualidad. En todas partes, el hombre apostólico gira en torno al Dios que se encuentra en la más íntima relación con este mundo, con lo habitual y lo cotidiano.

Por esa razón, luchamos constantemente por hacer transparente, con fe y piedad, todo lo terreno y todo lo creado. Quisiéramos, de algún modo, percibir a Dios en la cúspide de todo lo terreno.

Para expresarlo con una imagen: vemos nuestra tarea de vida en colocar la escalera para ser usada, por la cabeza y el corazón, de modo de ver, en la fe, a Dios en todas partes, de conversar con él por amor, tan frecuentemente como sea posible, y de ofrecerle, de manera lúcida, sacrificios, por fe y por amor. De esta manera, acabo de delinear la imagen de Dios (que se muestra en el libro “La Santificación de la Vida diaria” y en las oraciones de “Hacia el Padre”).

Con todo, (todas esas fuentes) no dejan de tener en cuenta, de manera suficiente, también la trascendencia de Dios. Así corresponde que se haga en un Movimiento que reivindica vigencia universal y que se preocupa por dar una respuesta agradable a Dios, a todas las necesidades y los modos de ser del hombre.

Ya sabemos que, también, el hombre que vive en el mundo, es decir, el hombre que no puede cortar radicalmente los vínculos que lo unen a otros hombres y a las cosas, tal como estos vínculos se dan a través de una vida activa, sobre todo en el matrimonio, la familia y la profesión, sin descuidar seriamente su deber; tiene tiempos en los que Dios, que reina en tri-unidad infinitamente beatífica, en posesión absoluta de sí mismo por sobre todo lo terreno, lo atrae y requiere su corazón. A esta realidad de la experiencia debe atenderse cuidadosamente.

## **TEXTO B - PRIMERA SESIÓN**

### **TOMADO DEL LIBRO “LA FE PRÁCTICA EN LA DIVINA PROVIDENCIA”. EDIT. PATRIS, SERIE CUADERNOS DE FORMACIÓN**

#### **1. Los dos libros**

Santo Tomás acostumbraba decir que las palabras de Dios nos llegan a través de dos grandes “libros”: el de la Biblia y el de la Creación.

Respecto de la Biblia, la afirmación resulta clara. Ella es sin duda un libro, y también “Palabra de Dios”, palabra explícita, clara, fácil de leer. Es como una carta escrita por el Padre Dios a sus hijos, donde nos revela las grandes líneas de su plan de amor. Esta revelación bíblica culmina en Jesús, Palabra viva y suprema del Padre. Sin embargo, él dejó la tierra teniendo aún “muchas cosas” que decirnos (Jn 16,12). No las dijo porque los apóstoles no habrían podido comprenderlas en aquel entonces: para ello serían necesarias las perspectivas, desafíos y experiencias de épocas futuras. Otras se referían a la forma concreta en que el plan de Dios debería realizarse en nuestra vida personal, y tampoco tenía sentido decirlo antes que nosotros existiéramos

¿Cómo saber lo que Jesús calló? El mismo nos prometió que el Espíritu Santo nos guiaría “hasta la verdad completa” (Jn 16,13). En dos sentidos. Porque él va ayudando, en cada época y a cada persona, a descubrir nuevas resonancias y dimensiones en esas mismas palabras ya escritas en la Biblia, palabras capaces de iluminar su historia particular. Pero, sobre todo, porque él nos ayuda a “leer” el segundo gran libro a través del cual Dios nos habla: el de la Creación.

La Creación –entendida a la vez como lo que existe y lo que sucede– constituye toda ella un gran conjunto de mensajes o “palabras” de Dios. En el Génesis leemos: “Dijo Dios: ‘Hágase la luz’, y la luz existió” (Gen

1,3). Como la luz, todas las demás cosas existen o suceden porque Dios las pensó, las deseó y ordenó mediante su Palabra, para que se volvieran reales. Por lo mismo, todo lo que ha salido de la nada es real, equivale a un pensamiento, a un deseo y a una palabra encarnados de Dios. Dios, por lo tanto, verdaderamente nos “habla” a través de todo lo que su Providencia va haciendo surgir en medio de la Creación, o permitiendo que suceda. Todo ello es “voz”, “signo”, “gesto” o “palabra silenciosa” de Dios, capaz de complementar y precisar lo revelado en la Biblia. Pero para ello, es necesario que el Espíritu Santo nos ayude a descifrar las diversas señales que complementan este lenguaje de la Providencia Divina.

## **2. ¿Qué es la Providencia?**

El diálogo con Dios a través de la Creación –y de su historia– se vuelve así un diálogo con su Providencia. ¿Qué es la Divina Providencia? Es la actividad mediante la cual el Padre cuida de todo lo que ha creado, de modo que su plan de amor se vaya realizando eficazmente. Nos referiremos a la etimología del vocablo “providencia”.

“Providencia viene de “proveer”, “proveedor”, “provisiones”. Al encargado de “proveernos” de determinadas “provisiones”, lo llamados “proveedor”. Para cumplir oportunamente su tarea de “proveer”, debe tomar las medidas o “providencias” oportunas. Es lo mismo que hace Dios. Para que suplan de amor pueda cumplirse, él debe mandarnos en cada momento las exactas “provisiones” de alegría, dolor, enfermedad, éxitos o problemas que nos convienen. Su “Providencia” es la actividad a través de la cual él toma el conjunto de medidas necesarias (las “providencias”, en plural y con minúsculas) para que dichas “provisiones” nos lleguen en la cantidad, forma y tiempo adecuados.

La fe en la Providencia –así descrita– puede entenderse de dos maneras: como una fe puramente doctrinal, o como una fe práctica. La fe puramente doctrinal (o teórica), es la que acepta como “verdadera” la existencia de la Providencia. Es decir, cree que el mundo y su historia están regidos por ella y no por el azar, al que León Bloy llamó “la providencia de los tontos”. Pero este tipo de fe a menudo se queda allí, sin sacar las consecuencias que de dicha “verdad” se derivan para nuestro vivir concreto. Esto último es lo propio de lo que llamamos una fe práctica en la Divina Providencia.

Las consecuencias vitales que ésta saca son dos. Primero, una gran confianza frente a la vida. Porque si la Providencia existe, no hay nada que temer. Significa que el Padre cuida siempre de nosotros, con un amor y una eficacia del que la propia experiencia da testimonio. Pues es fácil constatar que nuestra historia está llena de regalos de su amor y de pruebas del eficaz poder con que Dios es capaz de utilizar hasta el mismo mal y el pecado –que parecieran ser los grandes obstáculos que se le oponen– como caminos para sacar adelante su plan de amor con asombrosa sabiduría y fecundidad.

Esta fe confiada en la Providencia se apoya especialmente en tres de las “palabras claves” más arriba subrayadas. A la cuarta –“plan” de Dios– se refiere principalmente la otra consecuencia práctica de la fe en la Providencia Divina: la posibilidad de convertir nuestra fe en una fe activa y colaboradora frente al plan de Dios.

Daremos un ejemplo. Ante un proveedor cualquiera, caben dos actitudes: simplemente confiar, y/o ponerse activamente a escudriñar sus planes, para conocerlos y eventualmente poder colaborar con ellos. Pensemos en una dueña de casa. Cuando ella ha encargado algo del almacén, lo que le corresponde es confiar en que su pedido llegará en regla. Pero puede darse que el pedido no lo haya hecho ella sino su marido, y éste quiere darle una sorpresa para su día de santo. De repente empiezan a llegar provisiones: una enorme parrilla, varios sacos de carbón, una pesada bolsa de la carnicería.

La señora no necesita ser demasiado perspicaz para descubrir que su esposo le preparará un asado “en grande”, y puede entrar a colaborar, preparando las demás cosas necesarias para que salga lo mejor posible la fiesta que se avecina.

De la misma manera, si nosotros creemos que todo lo que nos rodea y sucede son “provisiones” que nos envía la Providencia, podemos ir descubriendo a través de ello lo que el plan secreto del Padre nos está preparando. Así lograremos entender el por qué de lo que estamos viviendo. Pero también será posible colaborar activamente en la realización de su plan. Entonces sentiremos que estamos empeñados en una obra común, forjando la historia junto con él. Y nuestra vida se volverá realmente una vida de diálogo y Alianza con Dios. Como la de Jesús, que caminaba por la historia “de la mano de su Padre”, con una actitud, “a la vez de total confianza y de máxima corresponsabilidad y compromiso” (DP 276). Seremos hijos adultos, capaces de colaborar con su Padre porque sabemos lo que él se propone.

### **3. La originalidad de la fe práctica en la Divina Providencia en Schoenstatt**

Profundizaremos primero los conceptos explicados anteriormente, puntualizando algunos aspectos.

El P. Kentenich afirma que la fe práctica en la Divina Providencia es una forma original del hábito de la fe. Por eso, nos preguntamos brevemente en qué consiste la virtud sobrenatural de la fe. Luego veremos, más específicamente, en qué consiste la fe práctica en la Divina Providencia.

#### **3.1. En qué consiste la fe**

##### **3.1.1. Definición de la fe**

La fe consiste en asentir a una verdad revelada, basados en el testimonio de Dios, bajo la moción de la voluntad inspirada por la gracia, ya que esa verdad no es evidente para mí. Con la luz de la pura razón, no puedo afirmar que tal cosa es así. Lo afirmo con certeza por la moción de la gracia, de la luz de la fe que me lleva a asentir con certeza esa verdad revelada. Y la creo, asumo lo que ella dice, aunque no la veo.

Es una luz que me permite ver a Dios en sí mismo y verlo en todo lo creado, en todas las cosas. El objeto formal de la virtud teologal de la fe es Dios mismo. Por lo tanto, no se trata simplemente de un asentir una verdad intelectual, sino que es un abrirse a Dios, participar del conocimiento que él tiene de sí mismo y qué él tiene del mundo, de la historia etc. Cristo llevó la revelación de Dios a su culminación. Por eso, el eje central de nuestra fe es la persona de Cristo y su Buena Nueva. Pero la fe no consiste sólo en un asentimiento intelectual, implica la adhesión personal al Señor, a la Santísima Trinidad.

En teología se dice que la fe es el origen, la raíz, el fundamento de toda la justificación o de la santidad, de la salvación; que siempre entraña un clarooscuro, un estar ante algo que no podemos captar simplemente por la sola razón. Por eso siempre caminamos en la luz y en la oscuridad de la fe. La fe implica esencialmente el riesgo de creer. Porque la única seguridad es el testimonio de Dios: confiar, fiarnos de él.

### **3.1.2. Clases de fe**

Teológicamente hablamos de una fe muerta y de una fe viva o animada por la caridad.

La *fe “muerta”* es la que no está unida a la caridad. Si la fe fuera decir simplemente “creo en la Santísima Trinidad, creo que en Dios hay tres Personas, creo en la presencia de Cristo”, sin que todo ello se traduzca, al mismo tiempo, en un amor a ese Dios, sería una fe muerta. A la fe deben seguir las obras de la fe.

La *fe viva es la fe animada por la caridad*. El P. Kentenich, siempre que habla de fe, está entendiendo una fe informada por la caridad, que vive por la caridad. Una fe viva, que por vivir de la caridad se traduce en obras. La epístola de Santiago afirma claramente: “La fe sin obras es muerta”. Si es una fe unida al amor, que vive por el amor, necesariamente se traduce en obras.

### **3.1.3. Desarrollo de la fe**

La fe, que recibimos como virtud teologal infusa con la gracia del bautismo, está llamada a desarrollarse, y ese desarrollo posee dos dimensiones:

La *dimensión objetiva*: En relación al objeto en el cual creo.

Puedo creer globalmente en Dios. Pero, en un momento dado, mi fe se explicita frente al Espíritu Santo y entonces me abro conscientemente a la maravilla que significa la acción del Espíritu Santo en el corazón del hombre, en la historia y en mi vida personal. Se explicita la fe en el Cuerpo Místico de Cristo, en la Santísima Virgen María, y así en todo lo que abarca la revelación. Es posible desarrollar la fe, desde una fe muy primitiva hasta una fe que comprenda todo el misterio revelado.

La *dimensión subjetiva* o el arraigo subjetivo de la fe en nuestra alma.

La fe también está llamada a crecer en intensidad; va captando, poco a poco, todo mi ser: intelecto, voluntad, afectos, subconsciente, la vida entera, toda mi actividad, hasta llegar a aquello que dice san Pablo: “El justo vive de la fe” (Rom 1,17). Capta todo el hombre: inteligencia, voluntad, corazón, obras.

Nos preguntamos ahora, más en concreto, en qué consiste *la fe práctica en la Divina Providencia*.

### **3.2. La fe práctica en la Divina Providencia respecto al objeto**

El objeto específico o formal al que esta fe se refiere, es el Dios providente. Creemos en el Dios providente.

Si quiero explicar a alguien qué es la Divina Providencia, lo que debería hacer sería contarle mi vida. Y a través de mi vida, la otra persona podría tener una idea de qué es la Divina Providencia. Podría, también, introducirlo a la fe práctica, mostrándole la historia de Schoenstatt. Schoenstatt es una escuela extraordinaria para ilustrar la realidad de la Divina Providencia. Pero no seguiremos ahora este camino. Nos remontaremos, más bien, a una reflexión en el plano doctrinal.

*La fe práctica en la Divina Providencia afirma que Dios tiene un plan desde toda la eternidad y que todo lo ordena hacia la consecución o el fin de ese plan.* Santo Tomás define la Divina Providencia como “*ratio ordinis in finem ultimum*”, es decir, la ordenación racional de todo hacia el fin último. Expresiones del P. Kentenich tales como: “Está en el plan de Dios”, o la pregunta: “¿Cuál es el plan de Dios para mi vida?”, corresponden a esta fe.

Creemos firmemente que Dios tiene un plan y nosotros estamos llamados a descubrir y a realizar ese plan

Ese plan de Dios es, ante todo, un plan diseñado por el poder, la sabiduría y el amor de Dios. Es un plan de amor en el cual están consignados hasta los

más mínimos detalles. No hay nada que escape al plan de Dios. Todo está considerado dentro de ese plan. Por lo tanto, podemos vivir tranquilos mientras estemos buscando el plan de Dios, y no tenemos por qué inquietarnos, aunque tengamos que dar saltos mortales.

Por su Divina Providencia, Dios ordena todo al fin último, que consiste en la perfecta unión de amor en él y nuestra participación original en la vida beatífica.

La fe en la Divina Providencia afirma que este Dios Providente lleva a cabo ese plan en el tiempo:

- *creando* y, por otra parte,
- *gobernando* su creación.

Esta verdad de la fe es expresada por el Padre Kentenich valiéndose del adagio de santo Tomás de Aquino: “Dios gobierna el mundo por causas segundas libres”. Dios es la “Causa Primera”, el motor y origen de todo; el hombre libre está llamado a ser un instrumento dócil y apto en sus manos.

El gobierno del mundo Dios *lo ha puesto enteramente en manos de Cristo Jesús*: él es el Señor de la historia.

Todo está en manos de Dios que crea y gobierna, pero ese gobierno lo entrega a Cristo Jesús.

Pero, a su vez, Cristo comparte su gobierno *con María*, su compañera y cooperadora permanente, y *con el hombre*, a quien dotó de libertad y lo llamó a asociarse con él en una alianza eterna.

Cristo, el Señor de la historia, asoció a María como su Colaboradora para llevar a cabo el plan salvífico de Dios Padre. Y esto lo destaca muy especialmente el Padre Kentenich: en su concepción, la Divina Providencia está siempre unida a la providencia de María, Compañera y Cooperadora inseparable de Cristo Jesús en toda la obra de la redención. Ella asume, por voluntad de Dios, el rol de Madre de la Iglesia y de la humanidad y como tal, cuida de quienes el Señor ha puesto bajo su protección maternal

Este Dios gobierna el mundo y lo hace a través de las causas segundas, participa su poder, sabiduría y bondad a la Santísima Virgen, y también a nosotros. *También el hombre*, como causa segunda libre, está llamado a hacer historia, a ser cocreador con Dios.



Por último, la fe en la Divina Providencia también comprende la verdad revelada que nos dice que *Dios deja también actuar al demonio en la historia*.

Teológicamente se habla de que en el gobierno del mundo se pueden distinguir las “disposiciones”, o conducciones de Dios, y las “permisiones” de Dios. Es decir, en otras palabras, Dios permite el pecado. El no es el agente del pecado. Sería un sacrilegio afirmarlo. Pero él permite el pecado. Y si lo hace, es porque quiere resguardar la libertad del hombre. Si el hombre luego se arrepiente, él sabrá disponer las cosas para que se pueda sacar un bien del mal. Es en este mismo sentido que Dios permite la influencia del demonio en el mundo; a tal punto, que el demonio, en el Evangelio es llamado “el príncipe de este mundo”.

Este plan de Dios, este gobierno suyo, es misterioso, porque es difícil entenderlo. Si nos cuesta entender a un gobernante humano, infinitamente más pequeño que Dios en sus tácticas, decisiones y estrategias, si no alcanzamos a entenderlo porque no tenemos su visión y todos sus datos,

¿cómo entender el plan de Dios, que por definición es inabarcable e incomprensible? Es imposible pretender alcanzar una claridad total frente a este plan estratégico de Dios. De alguna manera, siempre vamos a caminar en la oscuridad de la fe pero, también hay que decirlo, en su luz. Por la fe creo que el Padre está conmigo y que él me mostrará lo necesario para que yo pueda caminar con confianza.

El gobierno de Dios es misterioso. Y es misterioso también porque el fin al cual nos conduce, no lo conocemos con claridad. ¿Qué es la visión beatífica? ¿Cuál es la realidad del cielo? ¿Cuál es el grado de gloria que Dios pensó para mí, conforme al cual está ordenada mi vida? Por eso, el plan de Dios siempre será un plan en el cual me inserto por la fe, pero que implica un claroscuro para mí. Ambos, plan y gobierno, tienen un carácter misterioso. Dios es inabarcable en sí mismo y en su conducción. Por eso, la fe práctica en la Divina Providencia incluye riesgo, audacia, oscuridad.

### **3.3. La fe práctica en la Divina Providencia respecto del sujeto**

Si consideramos ahora la fe práctica en la Divina Providencia desde el punto de vista del sujeto que cree, podemos decir que ésta implica:

- una visión y
- una entrega, o una “praxis”.

La fe práctica en la Divina Providencia es una *cosmovisión* y también una *praxis*. El justo, el que vive de la fe práctica, no solamente cree que Dios está presente, no se limita sólo a ver al Dios que pasa por su historia, por su camino, a ese Dios que lo invita, sino que acepta su invitación y le dice: “Padre voy contigo, aunque el camino sea oscuro para mí, y humanamente inseguro; yo camino contigo”. Es una fe que vive del amor, del amor filial, de la entrega a la realización de ese plan.

“El Dios de la vida no quiere sólo una respuesta de la cabeza, –dice el P. Kentenich– sino también del corazón. La fe práctica en la Divina Providencia es la consonancia de la conducción de Dios y del seguimiento del hombre”.

La docilidad ante este Dios que me invita a seguir sus caminos y la disposición a ser fiel hasta en lo más mínimo a esa voluntad y deseo suyo: esto es guiarse por la fe en la Providencia.

El Padre Kentenich agrega que esta fe que arraiga en mi corazón filial, en mi amor de hijo, incluye también la fortaleza, la audacia, el heroísmo filial.

Ahora bien, ¿por qué el P. Kentenich habla de una fe *práctica* en la Divina Providencia? Porque la fe está animada por el amor, por el amor filial, y ese amor se traduce en obras. Es una fe que no se queda en el intelecto sino que baja al corazón y llega a la vida.

Es práctica, al mismo tiempo, porque, tal como la vivió y enseñó el Padre Kentenich, la acompaña una cierta metodología que la hace operante. Y, por último, es práctica porque se lleva a cabo en las circunstancias normales de la vida cotidiana, en la praxis del día de trabajo.

Más adelante nos detendremos en cada uno de estos aspectos, a fin de profundizarlos y hacerlos vida en nosotros.

### **III. PREGUNTAS Y TAREAS**

#### **1. PREGUNTAS DE COMPRENSIÓN**

- **¿Cuál es la novedad que trae el P. Kentenich en relación a la espiritualidad tradicional en la Iglesia?**
- **¿Por qué acentúa el P. Kentenich la FPDP?**
- **¿Qué instrumentos nos dejó el P. Kentenich para aplicar la fe práctica en la divina Providencia en nuestras vidas?**
- **¿Qué voces debo escuchar para actuar de acuerdo a la ley de la puerta abierta y de la resultante creadora?**

## 2. PREGUNTAS DE PROFUNDIZACIÓN

- ¿En qué consiste la espiritualidad de la “huida del mundo”?
- ¿Cuándo y en qué documento comienza la Iglesia a hablar más directamente del apostolado de los laicos?
- ¿Encontramos en la Iglesia actual comunidades o escritos que toquen la FPDP?
- ¿Dónde han podido los schoenstatianos aplicar –fuera de Schoenstatt mismo- la idea y la práctica de la divina Providencia?
- En estos últimos seis meses, ¿recuerdas haber aplicado el método de búsqueda de la voluntad de Dios en forma reflexiva auscultando las voces del tiempo, del alma y del ser (individualmente, como matrimonio, como grupo o curso??

## 3. TAREAS

- Comparar la visión y praxis de la Providencia que normalmente existe en el pueblo cristiano y lo que propone el fundador de Schoenstatt.
- Ver por qué es especialmente importante autoformarnos como personas libres, capaces de reflexionar, decidir, realizar y evaluar, como condición para vivir la FPDP.
- Revisar cómo educamos a nuestros hijos en este sentido.
- La “lectio divina”, meditación de la Biblia, se supone como base de la meditación de la vida. Ver cuánto y cómo la practicamos, por ejemplo, meditando el evangelio del domingo.
- Analizar cuánto tiempo dedicamos a reflexionar durante la semana o diariamente. Considerar, desde este punto de vista, el uso que hacemos de los medios de comunicación.

## V. ANEXO PRIMERA SESIÓN

### TEXTO TOMADO DEL LIBRO “TRIUNFO” DE MACHAEL QOIST

Nos parece adecuado citar un texto de Michael Quoist. Sus palabras son especialmente afines con lo que el P. Kentenich enseñó sobre la meditación de la vida. El Espíritu Santo, que guía la Iglesia, suscita en muchos lugares las fuentes de vida para su continua renovación. Por eso es gratificante constatar en otros maestros de espiritualidad la misma intención que animó al fundador de Schoenstatt.

Michael Quoist habla de la *revisión de vida*. Entiende por ésta la revisión de los acontecimientos a la luz de la fe. El P. Kentenich relaciona directamente la meditación de la vida con la fe práctica en la divina Providencia. Quoist no usa el término, pero, en el fondo, apunta a lo mismo: descubrir lo que Dios nos está diciendo a través de las cosas y de los acontecimientos y, a través de ello, entrar en una comunión íntima con él.

Este texto sirve de introducción a la segunda sesión.

Dice Quoist:

**Quien dos o tres veces por semana o aun cada noche, solo o en su hogar si es casado, revisa su vida a la luz de la fe, puede tener la seguridad de que se va acercando progresivamente a una auténtica vida cristiana madura.**

Como hombre, no ves con plenitud tu vida; como cristiano, tus espaciadas referencias a Cristo, superficiales o interesadas: “Señor, te ofrezco cuanto he hecho”; “Señor, ayúdame ... a realizar lo que me he propuesto”, no constituyen una auténtica vida de fe.

Si quieres descubrir tu vida concreta a la luz de la fe, juzgarla y organizarla en la paz y en la realidad sobrenatural de la esperanza, vivirla en unión con Jesucristo y tus hermanos, en la caridad, entonces has de dedicarte cada día a *re-visarla* bajo un resplandor completamente distinto del de la eficacia humana.

El deportista se entrena.

El obrero aprende su oficio.

El artista lleva a cabo muchos “ejercicios” antes de producir una obra maestra.

¿Por qué no haces tú otro tanto para vivir una auténtica vida cristiana?

La revisión de vida no es:

un examen de conciencia,

una comprobación de tus propósitos,

un ejercicio de “atención”,

un medio de discernir tus acciones,

sino una visión nueva (re-visión) de tu vida, con una mirada distinta a la de tus sentidos o tu inteligencia: la mirada de la fe.

Si tu corazón está cerrado, puedes acercarte a la eucaristía sin recibir la amistad de Jesucristo;

puedes leer el Evangelio sin entender las palabras de Jesucristo;

puedes revisar tu vida sin ver a Jesucristo que te invita.

Antes de comenzar a revisar tu vida pide a Dios que purifique tu plegaria y te preste sus ojos.

El astrónomo no observa todo el universo; escruta con detalle un rincón del cielo.

El sabio, en su microscopio, aísla las bacterias para estudiarlas.

Si quieres ser eficaz, concentra por entero tu mirada sobre un solo fragmento de tu vida.

Hoy encontraste a Santiago, ¿qué te pedía Cristo en aquel apretón de manos?

Tomaste el ómnibus número tres, ¿qué esperaba Cristo de ti y de esos hombres, juntos unos momentos?

Leíste una noticia en el diario, ¿qué te ha dicho Cristo en aquel fragmento de vida?

En el trabajo te proponen horas suplementarias, ¿cómo reaccionan tus compañeros? A través de ellos y a través del acontecimiento, ¿qué señas te hace Jesucristo?

... tu vecina te ha dicho...; en tu equipo deportista..., el domingo...; en la radio hace poco...; el sindicato..., la hija del carnicero...; en el inmueble de enfrente, ayer...; dentro de quince días las elecciones de... etc.

**El acontecimiento es la materia prima de tu revisión de vida, es el lugar donde Jesucristo te invita a colaborar con él; el sitio donde debes reunirte con él, interrogarle y entregarte en conformidad con su deseo sobre ti y sobre tus hermanos.**

Tu amor comienza con una mirada desinteresada. Frente al acontecimiento, empieza, pues, por adorar a Jesucristo que vive en tu vida y en la vida del mundo.

Con el acontecimiento Dios te hace señas. Te descubre los planes que el Señor tiene sobre ti y sobre tu ambiente.

Si quieres comprender al extranjero, familiarízate con su lengua, su mentalidad, su modo de vivir.

Si quieres interpretar las señas de Dios en tu vida y en la vida del mundo, familiarízate con los pensamientos, las palabras, la vida de Jesucristo.

Si quieres conseguir verdaderas revisiones de vida, maneja con frecuencia el Evangelio.

No siempre comprenderás lo que Dios pide de ti, pues su voz algunas noches no atravesará la espesura de lo humano ni el grosor del pecado. Pide perdón y, en la noche de la fe, adórale en silencio.

En el Evangelio Dios te habla. Espera tu respuesta.

En la vida se dirige a ti invitándote al diálogo.

Tu revisión de vida debe desembocar en la plegaria:

plegaria de adoración: ¡es maravilloso, Señor!

plegaria de agradecimiento: ¡gracias, Señor!

plegaria de arrepentimiento: ¡perdón, Señor!

plegaria de súplica: ¡concédeme, Señor!...

Si Dios te habla por medio del acontecimiento lo hace para invitarte a la acción con él y en él.

Con la revisión de vida, la acción no es ya para ti aplicación de técnicas humanas, búsqueda de “medios” de apostolado, sino, partiendo de la vida, respuesta a un deseo de Dios.

Hay que obedecer al Señor a través del acontecimiento.

Si revisas tu vida fielmente:

descubrirás no sólo al Cristo histórico sino también al Cristo total, cuyo gran Cuerpo Místico crece con el transcurso de la historia;

situarás tu vida en el conjunto de los designios que el Padre tiene sobre el mundo;

vivirás con la vida de Cristo uniéndote, en el acontecimiento, a sus misterios pormenorizados en el tiempo;

te entrenarás para estar disponible mediante la búsqueda constante del deseo de Dios en ti;

entrarás con los hermanos, mediante la acción, en la realización del plan creador y redentor.

Con esto, cada día más, serás un **CRISTIANO-ADULTO**.<sup>4</sup>